

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario (13-11-20)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos ya cerca de la terminación de este año litúrgico en que hemos seguido el Evangelio de Lucas. Jesús, en estas palabras (Lc 21, 5-19), está anunciando el camino que seguirá para los cristianos, para los creyentes, en medio de las situaciones del mundo, en medio de las dificultades de cada día y en medio, también, de las grandes dificultades que ocurren en la historia por diversos tipos de acontecimientos, *terremotos, epidemias, hambre, alzamiento de reino contra reino, nación contra nación, grandes señales en el cielo*, cosas espantosas e, incluso, les dice a los cristianos que serán *detenidos, perseguidos, que los entregarán a las sinagogas y a la cárcel y los harán comparecer ante reyes y gobernadores*. Todo esto que ocurre es una cosa, dice el Evangelio de hoy, que tiene que ocurrir porque el mundo es así: es un mundo lleno de pecado, lleno de ambiciones, lleno de tensiones, pero, justamente, el Señor ha venido para introducir un factor que permita, no solamente la salvación de los buenos y de los que viven en forma justa, sino, también, la conversión del mundo entero para hacer que, por lo menos, algo del Reino de Dios se introduzca en el mundo y ese Reino de amor, de justicia, de paz, se pueda vivir.

Y, ¿cuál es la actitud cristiana fundamental que el Señor resalta, hoy día? Que, *cuando oigan guerras y revoluciones, cuando están en esa situación, no tengan pánico*. En primer lugar, la primera actitud del cristiano es no enardecerse, no violentarse con el mundo violento, sino mantener la serenidad. ¿Por qué? Porque mantenemos, simultáneamente, la esperanza; esa esperanza que nos

permite, en medio de las situaciones complicadas, el tener la serenidad suficiente para adquirir sabiduría y visualizar por dónde está el Señor. Y todos sabemos que, cuando tuvo Jesús una situación sumamente complicada, sabemos dónde se colocó y por qué no se bajó ahí, donde lo colocaron. Lo colocaron en la Cruz y Él siguió en ella, como decía el Santo Padre (y lo repetimos siempre), “no por la fuerza de los clavos, sino por su infinita misericordia”.

Los cristianos somos en el mundo una comunidad de personas que está para dar testimonio, y el Señor, hoy día, dice que, justamente, así, en esta ocasión, es la ocasión de *dar testimonio de mí*. Uno da testimonio cuando ha conocido algo, ha estado presente en alguna situación o ha vivido algo, y eso que ha vivido lo puede contar y comunicar a otros porque es testigo. La palabra “testimonio” o “testigo” en la Biblia se dice: “martirio” que significa “mártir”. El mártir es una persona que, habiendo vivido una experiencia, la transmite, la cuenta y la reproduce en su propia vida. Y Jesús nos ha llamado a todos los creyentes a vivir en su amor, a testimoniar su amor. Y cada vez más, en un proceso de madurez, todo cristiano debe estar dispuesto a dar la vida como el Señor para que las situaciones mejoren. Esto es tremendo porque ha costado en la historia de la Iglesia y, sobre todo, al inicio de la Iglesia, muchos testimonios que estuvieron dispuestos a desprenderse totalmente de la propia vida para poder decir, en esta situación difícil: el amor es lo que falta.

Hemos ido plantando a lo largo de la historia, en diversos países, esas personas que son fundamento de las verdaderas naciones, y nosotros tenemos (lo hemos dicho muchas veces), muchos ejemplos de mártires, no solamente cristianos, porque, inclusive, hay héroes nacionales que son cristianos, pero no aparecen como tales. En todo caso, en primer lugar, han dado testimonio de nobleza, de generosidad, de tesón, y no porque se creen “supermanes” o porque la Iglesia esté llamada a generar o producir en la

vida superhombres, sino, simplemente, gente humilde que sabe que hay principios elementales para vivir como la hermandad, y que es preciso que eso se propague como una savia, como una fuente inagotable de esperanza.

Hoy día, estamos, también, en nuestro país, en esa situación, y todos tenemos que interpelarnos cuál es nuestro lugar y dónde vamos a poner nuestro testimonio cristiano, y en cada situación que vivimos, que está siempre ligada a la complejidad de lo que vivimos, cómo podemos aportar un granito de arena para pacificar, para desmilitarizar el país, para “desarmar los corazones”, como dice el Santo Padre. Y, hoy día, especialmente, recordemos a todas esas personas que han contribuido en nuestras vidas a desarmarnos para abrir el corazón al Otro.

Yo mencionaba, hace un ratito, a la hermana Germana que, en la librería de San Pablo, ha acogido siempre a mucha gente, junto a otras hermanas (algunas que ya han partido). Perdonen que diga su edad, pero tiene la misma edad que yo (así mejor ya no digo su edad). Ella ha sabido acoger y llevar un apostolado a través de los libros, de las lecturas, de la reflexión, y siempre acogiendo en la librería.

Yo quiero mencionar a otra persona que es así, una mártir, que ha muerto esta semana, se llama Juanita La Rosa, que fue directora del Coro de la Pontificia Universidad Católica, que tantas veces ha venido aquí con su coro y con las generaciones que han pasado con ella, como maestra, han pasado anunciando, justamente, el testimonio de la música, del canto. Ayer hemos estado en la Capilla Santa Cruz de Musa (curiosamente, coincide con la semana en que nos ha dejado). Juanita La Rosa siempre se inspiró en la música, la musa, “se dejó patear por la musa”, como decimos en castellano...

Dejarse inspirar y ser testigo de la inspiración que recibimos de Dios para vivir e introducirla en cada situación, no solamente personal, familiar o barrial, sino, también, social,

económica y política. Ésa es la tarea del cristiano. Todos tenemos nuestros lugares y, en diversos niveles, esa “savia” necesita introducirse para hacer posible que el mundo mejore, para que el mundo cambie.

Por eso, el Santo Padre quiso, también, que instituyéramos esta Jornada Mundial de los Pobres, para que todos nos interpeláramos, y los que, a la vez, hemos ido trabajando de diversas formas, no solamente en la Iglesia, todos los seres humanos que han hecho algo por los márgenes del mundo, por las periferias existenciales que le llama el Papa, puedan, también, tener la oportunidad de manifestar que no es posible el amor sin una opción, sin una preferencia, una preferencia que es la preferencia de Dios: que Dios construye la historia desde los últimos, y la abre, no hace que se cierre, la dinamiza, nos hace interpelarnos y, por eso, hoy día, con tantas guerras y revoluciones que estamos viviendo, con tantas ambiciones que nos acechan, otra vez, nuestro lugar es ese: evangelizar por medio del testimonio pacificador del cristianismo.

Por eso, hoy día, vamos a dar gracias a Dios por todas las personas que nos han permitido aprender a ser pacíficos. Y hay que aprender, en esa pacificación de la sociedad, que eso no es un pasivismo. Ser pacífico no es ser pasivo, es ser un trabajador por la paz. Y, por eso, hoy día, unámonos con toda esta opción que el Santo Padre ha hecho para que toda la Iglesia continúe en la opción de Jesús con esta jornada mundial, para que nuestro compromiso sea mayor y la grandeza de la fe pueda tener la repercusión en la sociedad que pueda realmente transformarla. Pidámosle eso a Dios porque es una gracia, pero, también, es una responsabilidad nuestra.